

MARIANNA ESCRIBANO

EL PROYECTO
ARCANO

KRYSTHOS II



Ediciones Amatista

EL PROYECTO ARCANO

KRYSTHOS II



EDICIONES AMATISTA

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo a la segunda edición	13
Nota aclaratoria sobre la identidad del portavoz de KRYSTHOS	17
PRIMERA PARTE	19
La ingravidez	21
El universo es un eco de algo que ya sucedió	31
El gran sasso	53
¿De qué raza eres?	63
La glándula pineal	79
Lo inmanifestado	89
El no tiempo	95
La revelación	103
El cerro paranal	113
Las partículas envasadas	129
No existió Big-Bang	143
El viaje	153
SEGUNDA PARTE	159
El canto del lama	161
La búsqueda	167
Los túneles de la luz	179
El valle de la prosperidad	197
La clave	213
Santusa	229
El águila dorada	247
La Trinidad	261
El regreso	273

ÍNDICE DE CANALIZACIONES

1. El Universo es un ECO de algo que ya sucedió	43
2. Los orígenes y la NADA	60
3. ¿Tú, de qué raza eres?	64
4. El origen de las energías envolventes del planeta Tierra.....	67
5. La glándula pineal	81
6. La reverberación de lo acontecido y la descomposición de lo establecido	95
7. Las funciones de la Tierra y la Novena Esfera	123
8. La Tierra como conducto de unificación de los dos Universos.....	131
9. Preguntas a Mercurios, realizadas por el científico	135
10. El sol y su anillo	139
11. Recapitulación de situaciones capaces de desvelar lo originado desde el Big Bang	149
12. Origen del experimento realizado por la civilización de los Arcanos Blancos	191
13. Duplicidad de Arcanos y su función en el Universo	204
14. Triplicidad de Arcanos Menores	217
15. Situación de los ejércitos y funciones establecidas para este milenio	241
16. Acoplamiento del sistema solar a las leyes cósmicas de los dos Universos ...	254
17. Unión energética de fuerzas polares	263
18. La Trinidad	269
19. Acontecimientos programados	275

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta segunda edición se presenta con la intención de facilitar al lector toda la información y canalizaciones agrupadas, generando una trilogía dentro de la colección de Krysthos.

Han pasado casi diez años desde la primera vez que contacté con el portavoz de KRYSTHOS. Tiempos de incertidumbre ante la desbordante información que recibía cotidianamente. Ahora es un remanso de sabiduría lo que depositan en mi cerebro.

Ellos, los del otro lado del velo, están ahí.

¿Quiénes son? ¿Qué pretenden?

Esas preguntas me las cuestioné miles de veces sin obtener respuestas. Es ahora, después de varios años de investigación, cuando tengo casi todas las piezas del puzle y puedo colocar cada una en el lugar que le corresponde, y he logrado desvelar algunos interrogantes.

Ese colega de fatigas es alguien muy cercano a nosotros, ya que tenemos el mismo proyecto, pero con mandatos y trabajos diferentes. Todos, desde los habitantes de este planeta hasta los que transmiten mensajes, desde otra configuración atómica, estamos llevando a cabo el más importante proyecto de este universo conocido. Esta conexión es cada vez más evidente, más fluida y mucho más coherente, hasta llegar a lograr un coloquio casi familiar. Un día me dijo que habíamos pactado este trabajo, que él se limitaba a realizar bien su parte y que yo hiciera lo mismo. Eso fue todo.

El portavoz de KRYSTHOS habla así de nosotros, los Arcanos Blancos, creadores del proyecto:

“Los Arcanos Blancos son el origen de la raza que está poblando la Tierra; son los que originaron y programaron la venida al planeta y estructuraron una convivencia hasta finales de esta era presente.

Tú eres uno de esos Arcanos Blancos. Todos los que estáis, sois esos Arcanos. Todos sabréis quiénes sois y a qué vinisteis.”

El presente libro sigue siendo fruto de las canalizaciones del mismo emisario. Está estructurado en dos partes. La primera, contiene información muy valiosa sobre temas científicos, principalmente de astrofísica, con hipótesis diferentes a las que barajamos actualmente, lo que supone un reto difícil de afrontar en estos momentos. En la segunda, transmito toda la información del Proyecto Arcano, desde el origen hasta el final, anunciando los acontecimientos que provocarán los cambios.

En cuanto a la forma, he optado por narrar una serie de episodios personales y acontecimientos extraordinarios que sucedieron en una reciente etapa de mi vida, donde intercalo los mensajes del emisario para hacer más amena la lectura. La trama, en todos sus contextos, así como los lugares donde sucede, están manipulados y alterados, no ajustándose a la realidad. Los personajes, algunos de ellos, han sido desfigurados en sus identidades para no ser reconocidos. Los lugares descritos, donde se desarrolla la acción, no están situados donde acontecieron los hechos. Barcelona, China, Florencia y Montserrat, son los únicos lugares que se corresponden con la realidad. Todo es fruto de un replanteamiento personal para hacer más amena la lectura y acceder de forma más atractiva a las canalizaciones, que son el eje central del contenido del libro. Aunque en apariencia sean más atrayentes los episodios vividos que los mensajes del emisario, debo insistir en que la intriga que se desencadena en la narrativa es el vehículo para introducir mensajes sobre temas tan apasionantes como la antimateria, el origen del Universo, el Sol y su anillo, las funciones de la Tierra y sobre todo, nuestro

proyecto de vida en la Tierra, además de averiguar quiénes somos y qué hacemos en este planeta.

Al igual que hice con el primer libro *A solas con ellos KRYSTHOS I*, **los mensajes corresponden exactamente a la transcripción literal del emisor, sin omitir ni añadir absolutamente nada.** Es algo muy importante a tener en cuenta ya que nunca he modificado o interpretado nada de lo que recibo, precisamente por tratarse de temas científicos en la mayoría de los casos.

Otros libros de la trilogía:

A Solas con Ellos KRYSTHOS I

El Holograma del Espejo KRYSTHOS III

Para más información:

www.krysthos.org

www.edicionesamatista.com

www.mariannaescribano.jimdo.com

NOTA ACLARATORIA SOBRE LA IDENTIDAD DEL PORTAVOZ DE KRYSTHOS

Debido a las falsas informaciones, publicada a través de diferentes portales de Internet, sobre el portavoz de Krysthos, donde algunos internautas han seleccionado mensajes y copiado literalmente, introduciéndolos en diferentes portales sin mi autorización, con la definición de “El maestro ascendido Merkurios”, manifiesto lo siguiente:

El nombre de Merkurios, atribuido al portavoz, fue generado después de preguntarle cómo debería llamarle. El emisario indicó que podría hacerlo con el nombre que deseara. Pactamos el nombre de Merkurios y así lo menciono a partir del segundo libro. Añadir que nunca se ha manifestado como un maestro ascendido.

A los lectores que estén interesadas en obtener el testimonio verídico de los mensajes, o cualquier otra información, les invito a que se dirijan al siguiente enlace:

www.krysthos.org

PRIMERA PARTE

LA INGRAVIDEZ

Todo comenzó el día que tomé el avión, en vuelo hacia Florencia.

Un tráfico denso por la autopista de acceso al aeropuerto de El Prat favorecía que el taxista, despreocupado, oyera las noticias a través de la radio, mientras comentaba jocosamente el contenido. Dejando al margen su mecánico discurso, intenté ocuparme de la agenda, repasando los eventos y circunstancias que me obligaban a viajar a Florencia.

Hacía tiempo que no pintaba. Dejé la profesión aparcada, temporalmente, debido a los sucesos acaecidos desde la recuperación de mi enfermedad. Ahora me temblaban las piernas ante las expectativas de saber si sería bien acogida después de tanto tiempo y el estómago se manifestaba como si tuviese mariposas revoloteando en su interior. Estaba ilusionada con el nuevo proyecto, que se iba consolidando desde los registros más frágiles de mi mundo interior. Por otro lado, una parpadeante sensación de vértigo daba paso a la inseguridad, siendo consciente de que todo era fruto de los miedos. De nuevo, comenzaba a recuperar ese camino abandonado desde hacía tantos años. Atrás quedaban tiempos estériles, ahogados y sumergidos ante la impotencia de no poder crear, debido a mi enfermedad, perpetuando la inestabilidad y el abandono hacia lo que más necesitaba en aquellos momentos.

Absorta en los pensamientos, apenas percibí que el taxista estaba aparcando en la terminal del aeropuerto. Salí del automóvil

presurosa buscando el carrito reglamentario para llevar más cómodamente todo el equipaje, introduciéndome en el interior del vestíbulo. Una desapacible melancolía apareció de forma inesperada, al pensar cómo estaría Trufa -mi perra- durante este tiempo, temiendo no volver a verla debido a su dilatada edad. Procesos difíciles de asimilar en ciertas circunstancias de la vida. También me preocupaba el pliego de papeles que dejaba, temporalmente aplazados, a la espera de concluir el segundo manuscrito de canalizaciones y que, prácticamente, estaba listo para entregar al editor. Lo que no podía imaginar era el reflujo que arrastrarían los hechos posteriores, haciendo posible un cambio sustancial en el contenido del libro.

Los sucesos vividos desde que puse el pie en la escalerilla del avión superan la ficción y no parecen reales, sin embargo, forman parte de una etapa desconcertante donde convivían espacios paralelos que, al parecer, nunca se encuentran aunque lleven el mismo recorrido. Percibía esa extraña sensación de caminar entre lugares profanos y caminos sublimes, sumergiéndome en acontecimientos donde todo era posible. Las experiencias extrasensoriales aparecían espontáneamente, marcando esos años como un estigma, adaptándose a la piel hasta llegar a formar parte del paisaje cotidiano.

Comencé al subir por la escalerilla del avión. Una vez en su interior y acomodada en el asiento, tomé una revista mientras observaba, a través de la ventanilla, los últimos preparativos para despegar. Pensaba en Florencia con el deseo de reconocerla, revivirla y sentirla de nuevo. Estuve de paso en otra ocasión, viajando hacia Trieste. En esa ocasión, también estaba relacionado con un evento artístico. La ciudad me fascinó, hasta el punto de considerarla una de mis ciudades preferidas. Pero la vida da tantas vueltas, que apenas puedo recordar qué fue lo que me cautivó.

La presión en los oídos al despegar el avión desencadenó la necesidad de respirar profundamente, apoyando la cabeza en el respaldo de la butaca. Mis manos sujetaban fuertemente el brazo

del asiento contiguo. Sin querer, desplazé a mi compañero de viaje, disculpándome mecánicamente. Con una mirada cordial dio a entender que no era necesario. Cerré los ojos dejándome envolver por la experiencia de volar y ascender mientras renacían sensaciones pasadas, embriagándome la nostalgia.

Intentaba evadirme de la rutina del viaje, aprovechando la experiencia para aislarme y reflexionar. Inesperadamente, tomé conciencia de la realidad al oír una susurrante voz a mi derecha.

—¿Desea tomar algo?

Levantando la vista, contemplé a la azafata con el incondicional carrito repleto de refrescos. Al tiempo que solicitaba un vaso de agua, mis ojos se clavaron en el libro que estaba leyendo el viajero del asiento de al lado.

Lo miraba de forma obsesiva y sin poderme controlar. No pude evitar preguntarle.

—¿Dónde lo compró?

—En la terminal del aeropuerto, hace media hora. Soy una persona muy curiosa en estos temas. Veo que le llama la atención. ¿Quiere ojearlo?

—No, gracias. Conozco muy bien a la autora. Lo leí hace algún tiempo.

¡Naturalmente que conocía a la autora! Era mi primer libro. Estaba sorprendida de verlo entre sus manos.

El pasajero, hizo un comentario de cortesía.

—Para un viaje de unas horas es distraído. Además, entre la autora y yo hay algún paralelismo.

¿Paralelismo entre la autora y él? ¿De qué estaba hablando? Hice un gesto de asombro.

—No se sorprenda. Es una larga historia y el viaje no se dilatará para poder contársela.

Así iniciamos una breve conversación sobre el libro y sus contenidos que se entrecortaba a intervalos por no saber qué decir, tampoco si era conveniente continuar y desvelarle que era la autora del libro.

Me sentía azorada y sin respuestas. Mejor sería callar y tomar la revista, dejando a un lado la conversación.

Supongo que ante mi silencio, él decidió retomar la lectura. Entonces comprendí que me estaba comportando de forma absurda, sintiéndome bloqueada ante la situación.

—Le debo una disculpa. El recuerdo de ese libro me está aturdiendo. En su momento supuso un reto en mi vida.

Cerrando el libro, me miró abiertamente a los ojos alargándome la mano.

—Me llamo Nicolás Maisel. Soy checo y vivo en Suiza. Una extraña mezcla de acontecimientos hizo que sucediera.

Lo cierto es que sentí un alivio ante la espontaneidad de su gesto. Rápidamente apretamos las manos sonriendo. Comprendí que la absurda forma en que se desencadenó todo daba paso a la comunicación.

—Mi nombre es...Gala y soy de Barcelona. Viajo a Florencia a una muestra de pintura con otros colegas; una colectiva internacional. Es sorprendente lo bien que habla el español, apenas tiene acento extranjero.

—Viví algunos años por Sudamérica y viajo constantemente a ese continente. Ese es el secreto. ¡Así que es artista, pintora! Me agrada mucho el Arte. En otra época de mi vida llegué a ser un apasionado coleccionista. Algo extraño y ajeno a mi profesión. Supongo que será para compensar. Fíjese, soy físico nuclear.

—No es demasiado habitual ver a un científico interesado por temas paranormales como los de este libro.

—No crea. La verdadera ciencia intenta buscar la verdad desde la realidad; sin embargo, debemos basarnos en hipótesis para encontrarla. Nada sabemos. Todo está en algún lugar que desconocemos.

Decidí seguir con la conversación pensando que era importante contactar con ese extraño personaje interesado en el contenido del libro y que no parecía ajeno a ciertos temas. Le mentí al darle otro nombre. Creo que lo hice de forma inconsciente, temiendo que me identificase. Por otro lado, era difícil que lo hiciera, debido a

que la foto de la contraportada no se corresponde con mi aspecto actual. Intentaba sentirme segura ante esa posibilidad.

Seguimos hablando cordialmente durante todo el viaje mientras observaba su mirada analítica y escudriñadora, unido a una incesante gesticulación, mostrando unas manos expresivas, cosa extraña en una persona de esa cultura. El diálogo se dilatava muy cordialmente, entrelazando experiencias relacionadas con el contenido del libro, el arte y la física más vanguardista. Llegamos a desbrozar teorías inverosímiles durante las escasas horas de viaje. Lo percibía sereno, despreocupado. Parecía poseer un carácter duro, incluso solitario, acusado en un rostro extremadamente delgado y repleto de surcos profundos donde resaltaban unos ojos pequeños, de mirada penetrante, que observaban y analizaban cada gesto o palabra como si tuviera que dar su aprobación.

—¿Estará muchos días en Florencia?

—Una semana a lo sumo. Mi hija se casa y debo acompañarla al altar. Ya sabe cómo van esas cosas.

—¡Felicidades! Siempre es agradable una celebración. Se debe pasar la vida viajando al tener una hija en Florencia.

Era tan intensa la comunicación que apenas percibimos el aterrizaje, ni la gente que se amontonaba en el pasillo a la espera de que abriesen las puertas.

—Por si nos perdemos en este bullicio, tome mi tarjeta.

—Gracias, lo siento, yo no llevo ninguna...

—No se preocupe, ha sido un viaje muy agradable. Leeré todo el libro, se lo prometo. Me ha despertado la curiosidad.

Comenzamos a bajar del avión entre el tumulto de gente, precipitando la despedida con un apretón de manos, separándonos a la entrada de la terminal en dirección hacia la salida. Al verle marchar, lo contemplé con cierta nostalgia.

Tres días más tarde, se inauguraba en la Galería Donatello la muestra de Arte. Los artistas barceloneses habíamos despertado tal interés en Florencia que la galería estaba a rebosar. Había un inmenso gentío que empezaba a confundirse con el decorado. La recepción avanzaba a golpes de flashes y canapés mientras

debía contar decenas de veces mi retorno a las exposiciones o saludar cordialmente a perfectos desconocidos. Al fin, un poco decepcionada por el ambiente, unido a la falta de costumbre en estos últimos años, hizo que me apartase del centro de atención alejándome a un ángulo de la sala. Comprendía que había cambiado y que, posiblemente, me estaba equivocando al retomar mi antigua profesión de pintora. Eran demasiados años en el “dique seco” y lejos de este mundo. Ahora, todo aparecía como un espléndido escenario a punto de echar el telón. Sentí la imperiosa necesidad de huir. Al no poderlo hacer, tomé el catálogo de artistas disponiéndome a contemplar las obras para abstraerme del entorno.

Como experta en arte, sabía perfectamente que las esculturas no debían tocarse, pero siempre me fascinó hacerlo, sumergiéndome en las formas y texturas de las piezas hasta llegar a fundirme con miles de sensaciones que sólo una artista es capaz de reconocer. Acercándome a una de ellas, comencé a acariciarla.

De repente, una voz cálida y bien timbrada pareció imponerse al confuso parloteo circundante:

—Si cierras los ojos, serás capaz de percibir con más intensidad.

Atrapada entre las sensaciones cálidas y deslizantes de la escultura, cerré los ojos dirigiéndome al interlocutor.

—Sí, es cierto. Existe otra mirada, otra percepción.

—Hay que mirar con los ojos del alma.

—Mi alma está aquí, pero...la del autor, ¿dónde se supone que está?

—Entre tus manos. Él te la entregó, con su obra, para que seas capaz de entrar en ella.

—¿Te conozco?

—Sí, nos conocemos...Digamos que en un pasado cercano hubo un encuentro.

En ese instante reconocí al pasajero del avión.

Algo parecido a una descarga eléctrica traspasó todo mi cuerpo ante la sorpresa.

—¡Sr. Maisel! Es usted una constante sorpresa.

Juntando las manos en posición de disculpa, respondió.

—Perdona si te he molestado- y por tutearte-. No lo vas a creer, pero una extraña coincidencia hizo que localizase la exposición. Tal vez el azar.

¿El azar? Sabía muy bien de lo que estaba hablando. Durante los últimos años había experimentado esa sensación de aparente casualidad que más bien responde a cierta sincronía. Todo obedece a algo o es fruto de un complejo entramado de extrañas situaciones donde, aparentemente, no tienen sentido y le llamamos azar. Es necesario dejar pasar el tiempo para comprender que todo estaba ahí, en esa misteriosa tela de araña, dejando fuera cualquier mecanismo de casualidad. Ahora comenzaba a entender que detrás de esa “coincidencia”, tal vez apareciese algo inesperado.

—Lo que llamas azar ha invadido mi vida últimamente. Ahora suelo seguir los rastros, dejándome llevar.

Realmente estaba sorprendida. Este nuevo encuentro enlazaba con la sensación de presagio que tuve al subir al avión.

A medida que hablábamos comprendía que todo comenzaba a dar un giro sorprendente. Me preocupaba haberle engañado al darle un nombre falso, pero no sabía cómo abordar el tema y desvelar mi identidad. Desvié la conversación a la espera de encontrar la forma de hacerlo, proponiéndole ver toda la exposición. Accedió gustoso y nos perdimos como adolescentes en el recinto. Noté que le impresionaba mi obra, al esperar una pintura más convencional. Hizo muchas preguntas y el interés que demostraba llegó a confundirme. Lo cierto es que hablaba como un experto en arte, además de poseer una facilidad innata para introducirse en el espíritu de la obra. Sin duda, su sensibilidad afloraba en cada mirada y en cada reflexión. Me pareció un hombre desconcertante; más tarde, lo pude comprobar.

Estaba finalizando el evento y la gente comenzaba a despedirse efusivamente. Un grupo de compañeros se acercó para recordarme que teníamos una cena para celebrarlo. Maisel, al

comprobar que no era posible dilatar nuestro encuentro en esas circunstancias, me invitó a tomar un café antes de ir al restaurante. Comprendí que debía aceptar, recordándole que se trataba de unos minutos más, ya que no podía retrasarme.

Salimos enseguida a la Piazza de San Giovanni, frente al imponente Duomo, donde -siempre según Maisel- debía ser posible tomar el mejor café de Florencia.

Mientras, con una sonrisa, le aceptaba la silla para acomodarme en la terraza del Caffé dei Corsi; pensaba que, actualmente, éste era un gesto ya poco frecuente. Supuse que tendría poco más de sesenta años, muy bien cuidados, bajo su aspecto desenvuelto y a la moda. La tez bronceada, el cabello blanco y excesivamente corto. El traje de indudable aire deportivo cortado a medida, todos los detalles revelaban al personaje mundano y aparentemente extrovertido que parecía ser una inagotable fuente de sorpresas. Sin dejarme deslumbrar por esta cortés exhibición, sentía un inevitable impulso de cordialidad hacia Nicolás Maisel, como si, en realidad, lo conociera desde mucho antes.

—Se aprecia en tu forma de hablar y en el tono que viajas a menudo a Italia, lo noto por tus ademanes, poco habituales en un checoslovaco...

—Nací en Praga, pero llevo toda mi vida viajando a Italia y por ello esa semejanza. Tú, por otro lado, eres española y pareces nórdica.

—Cierto; mis antepasados eran de por ahí. Según mi madre, llevo sangre del norte de Europa, pero nací en Barcelona.

Intenté dar otro giro a la conversación para mantener a salvo mi privacidad, aún intuyendo que tenía perdida la batalla. Ni siquiera osaba admitirlo, pero cada vez que me cruzaba con su mirada, le reconocía. Sus profundos ojos, cuyo iris semejava un diminuto túnel del tiempo, me traspasaba, azorándome. Dándose cuenta de ello, delicadamente cambió su mirada.

—Te voy a ser sincero. Te he buscado porque siento la necesidad de conocer a la autora del libro. En el avión dijiste que la

conocías personalmente. Me interesa la investigación en lo que se refiere a la telepatía. Por ello quisiera conocerla.

Se hacía tarde y era necesario cortar la conversación. No sabía cómo evadirme del embrollo en que me estaba metiendo.

—Me sorprende en alguien como tú, deduzco que con un sólido desarrollo científico, esté interesado por temas espirituales y sobre todo paranormales, como la telepatía. Tal vez podamos seguir hablando en otro momento, he quedado para la cena y me están esperando. ¿Cuándo regresas?

—Dentro de dos días vuelo hacia Ginebra. ¿Podríamos vernos en otro momento?

De nuevo tuve que evadirme diciéndole que regresaba al día siguiente a primera hora de la mañana.

—¿En tu tarjeta hay correo electrónico?

—Por supuesto. Ahí están todos mis datos personales.

—Bien, entonces, a mi regreso te envío un mail con los datos sobre la autora. Bueno, os pongo en contacto. ¿Te parece bien?

Me levanté apresuradamente al no saber cómo salir del atolladero.

Maisel se abalanzó solícito para retirarme la silla, consciente de haber llegado a las fronteras del diálogo.

Era consciente de que no le había entregado ninguna tarjeta ni datos personales, tampoco me lo pidió, imagino que por respetar mi decisión. Con un fuerte apretón de manos nos despedimos apresuradamente.

Al regreso de la cena y haciendo los preparativos para el viaje de vuelta a Barcelona, introduje el billete del avión en los compartimentos exteriores del bolso de mano. Intempestivamente, apareció la tarjeta de Nicolás intercalada con los catálogos del evento. No la había leído y sentí curiosidad por ese extraño personaje: Nicolás Maisel. Físico nuclear. CERN (Consejo Europeo para la Investigación Nuclear) Ginebra.

Había oído hablar del CERN y del famoso acelerador de partículas. En ese momento apareció una leve sensación de

inseguridad al darme cuenta de mi insensatez por haber dejado fuera de las cuerdas la posibilidad de contactar con un científico de esa envergadura que, por añadidura, parecía estar interesado en conocer a la autora del libro. ¿Cómo podía ser tan incoherente? Precisamente ahora, en estos momentos de mi vida, cuando ya había tomado la decisión de no ocultar mi condición paranormal de telépata, dejando a un lado las consecuencias que me estaba acarreado esa facultad. Por otro lado, podría ser una pieza clave para sugerirle ayuda o colaboración, debido al contenido de las últimas canalizaciones, centradas mayoritariamente en temas de física nuclear y astrofísica. Siempre había pensado en contactar con un experto en estas materias para ampliar conocimiento o, mejor, saber si las supuestas teorías que me canalizaban estaban cerca de las hipótesis que barajaba la ciencia actualmente. Sin duda, acababa de cerrar una importante puerta al dejar marchar a Maisel sin aprovechar esta extraordinaria oportunidad. El azar, como él había comentado, estaba dando cuerpo a algo que había experimentado en otras ocasiones: el reconocimiento de algo importante. Por ello, me sorprendía la ineptitud que había demostrado al no valorarlo en aquel momento. Guardé la tarjeta con los documentos personales en mi bolso y decidí reflexionar sobre lo sucedido a mi regreso.

Presurosa, me trasladé al aeropuerto para tomar el avión de regreso hacia Barcelona.

En el interior del avión, durante el vuelo, recordaba los días pasados, con los emotivos encuentros, las llamadas desde galerías, los colegas felicitándome por volver a la pintura, la recepción oficial en el Comune de Florencia, la prensa, los flashes. La vorágine del mundillo artístico me envolvía, de nuevo, como las olas del Mediterráneo que brillaban miles de metros bajo mis pies. Todas estas imágenes desfilaban tan aprisa por mi mente como las nubes al otro lado de la ventanilla. El intempestivo barullo que organizaban mis colegas me sacó del ensimismamiento. Barcelona nacía desde el horizonte.